

Epistolario

MIGUEL DE UNAMUNO
JOAN MARAGALL



℄

Editorial Comba



Seis años saltando a las letras hispánicas
2014 - 2020

Colección Narrativa

Epistolario

MIGUEL DE UNAMUNO
JOAN MARAGALL



Editorial Comba

Imagen de la portada:
Joan Maragall y Miguel de Unamuno
retratados por Ramon Casas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación: Roger Castillejo Olán

© Editorial Comba, 2020
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-949623-9-4

Depósito Legal: B-3.452-2020

Índice

Epistolario	7
Correspondencia de Miguel de Unamuno con la viuda de Maragall	105
Escritos de Miguel de Unamuno	113
Barcelona	115
La catedral de Barcelona	123
En el desierto	127
La vaca ciega	130
El último héroe	132
La cultura española en 1906	135
Contra los bárbaros	143
Portugal	148
Salmo de la mañana	149
Viendo dormir a un niño	154
Maragall y Unamuno	157
En la muerte de Maragall	164

Un hecho triste	168
Secretos encantos de Bilbao (fragmento)	172
Leyendo a Maragall (I)	175
Leyendo a Maragall (II)	187
Prólogo al libro <i>Problemas del día</i> , volumen nº XVII de las obras completas de Joan Maragall	199
Escritos de Joan Maragall	211
La patria nueva	213
Himne ibèric	219
La vaca cega	222
Ésta es mi fe	224
Evocación	229
Visca Espanya!!	234
<i>El Greco</i> de Cossío	238
La església cremada	245
Cant espiritual	255
Canto espiritual	257
La espaciosa y triste España	260

Epistolario

I

1 de junio de 1900

Sr. D. Miguel de Unamuno:

Ay, amigo mío (deje que le llame así), ¡cuánto bien acaban de hacerme sus *Tres ensayos*! Me siento mejor para lo que llamamos vida y para lo que llamamos muerte. Los he leído como poesía, sin meditar ni releer nada; los he bebido con afán, y mi alma se dilataba y se concentraba al mismo tiempo. Fe en la fe —creer lo que no vemos—. Todo esto estaba dentro de mí, y usted me lo ha revelado y me gozo en ello. Dios se lo pague. Nos hemos hecho amigos. Disponga de mí.

JUAN MARAGALL
s/c. Alfonso XII, 79. San Gervasio, Barcelona

II

Sr. D. Juan Maragall

Mi muy estimado amigo: de las cartas que con ocasión de mis *Tres ensayos*¹ he recibido es la de usted una de las más gratas y la más animadora. Soy yo ahora quien digo a usted: ¡Dios se lo pague! Porque, aunque conservo fresco el manantial de mi tenaz constancia vasca, vivo tan aislado —voluntariamente— en este viejo ciudadano de la austera tierra castellana, que como voces del mundo en que sueño me llegan voces como la de usted. Predico: adentro pero tal vez sea mi mal el *adentrarme* en exceso. Y gracias que a cada momento me sube mi infancia a flor de alma cantándome recuerdos.

«Nos hemos hecho amigos», me escribe usted. Así tenía que ser, y lo que tiene que ser al fin es. Yo lo era de usted tiempo hace, porque más de una vez he apacentado mi espíritu en sus *Poesías*, y una de éstas, ‘La vaca cega’, hace tiempo que me la sé de memoria de puro leerla y recitarla a otros. Es una de las poesías más puramente poéticas que conozco. Ella, los ‘Goigs a la Verge de Núria’, ‘Nuvial’, ‘Conjugal’ y ‘Paternal’, las recuerdo mucho. ¡Es tan raro hallar hoy aquí verdaderos poetas, nobles, serenos, reposados y maduros! Han dado en convertir el mundo en un caleidoscopio mareante.

1 *Tres ensayos*: ¡Adentro! – La ideocracia – La fe (1900).

Creo que comulgamos en un culto, y es el culto a Goethe. Casi aprendí en él el alemán², y en él aquieto las turbaciones de mi espíritu. Es con la lírica inglesa (Wordsworth sobre todo) mi pasto favorito. La poesía castellana no me resulta; la encuentro seca y fría; en su contenido de un prosaísmo *estilizado* (para servirme de una expresión arquitectónica, como ‘hoja de cardo estilizada’) y en su forma acompasada y cadenciosa más que rítmica y melódica.

Ahora voy a publicar poesías (tres de ellas, ‘La flor tronchada’, ‘El Cristo de Cabrera’ y ‘Al sueño’, las he publicado ya en revistas). Entre ellas van traducciones; cuatro. Una de Leopardi (‘La Retama’), otra de Coleridge, y las otras dos del catalán, ‘El Arpa’ de Verdaguer y su ‘Vaca ciega’. Será una debilidad de padre, pero en nada he puesto tanto cariño como en mis poesías. Después de mi novela, *Paz en la Guerra*, sobre todo su final, no había vertido tanta alma como en ellas he vertido. No sé si será verdad lo que alguien me dice y es que siento con la cabeza y pienso con el corazón. Yo sólo sé que toda mi vida he soñado la fusión de la ciencia y el arte, así como del hombre y de la naturaleza; humanizando a la naturaleza la sobrenaturalizamos, y naturalizándonos nosotros nos sobrehumanizamos. Sólo comprendo al sobre-hombre en una sobre-naturaleza.

2 Maragall publicó traducciones al catalán en verso y en prosa de Goethe, desde 1981 en adelante, las cuales comprenden dos volúmenes de sus obras.

Y esto del sobre-hombre me recuerda su *Comte Arnau*, que a trechos es hermosísimo pero que otras veces me parece dejar ver el esqueleto, quiero decir, la doctrina abstracta que en parte lo ha inspirado. (Ve que le trato ya como a amigo, con toda confianza.)

No sabe usted bien cuánto me regocija el haber entablado relación con usted, el poeta español de mi generación que más me satisface (los de la pasada me gustan poco). Verdaguer, Guerra Junqueiro el portugués (en *Os Simples*) y usted son los únicos que releo. A Junqueiro le he hablado mucho de sus *Poesies* y se las he dado a conocer, así como a otros varios.

Ahora los condenados exámenes y la corrección de pruebas de una traducción de Carlyle me roban tiempo, reprimiéndome en mi epistolomanía. Pero otras veces dejaré correr la pluma.

Por hoy reciba con un efusivo apretón de manos la más cordial simpatía expresiva de comunión espiritual de

MIGUEL DE UNAMUNO
Salamanca, a 6 de junio de 1900

III

3 noviembre 1902

Sr. D. Juan Maragall

Mi estimado amigo: a la soledad —en gran parte voluntaria— a que estoy recluido en este viejo ciudadón castellano me llega en un folletito su artículo ‘La patria nueva’³ por el que fue perseguido. No lo conocía sino de referencia y ahora que lo he leído no acierto a comprender cómo pudieron encarcelarle por escrito tan llano, tan sincero, tan noble y tan patriótico, en cualquier sentido racional en que esta palabra se tome. Lo que usted dice es la verdad y es lo que sienten los españoles verdaderos ahí, en mi país, y aquí mismo, en Castilla. Nada más horrible que el romero-robledismo. Usted es, de los catalanes que conozco, el que se coloca siempre en la posición más real y más sensata. Lo que publicó en *La Lectura*⁴ me pareció de perlas. Allí había otra cosa, de Domènech, escrita con gran intención y cuidado, realmente de enjundia y meollo, pero ve-

3 Escritos de Joan Maragall, página 213.

4 Artículo de Maragall titulado ‘El sentimiento catalanista’ (enero 1902) donde explica la naturaleza de ese sentimiento en referencia a la renovación política española que propugna en ‘La patria nueva’.

nenosa y de injusticia. Yo que busco los hombres tras sus escritos creía adivinar un sujeto desabrido y de no buenas pasiones (¿envidioso acaso?). Lo de Robert me parecía de un chico aplicado que ve la historia de su país a través de lecturas de la Biblioteca Alcan.

Hace poco me dijeron que se había usted ocupado en mi *Amor y Pedagogía* desde las columnas de *El Diario de Barcelona* y no me proporcionaron su trabajo. Deseo verlo. Y no se lo he pedido hasta ahora por haber andado atareado con una y otra cosa. Recientemente, a principios del mes pasado, estuve en mi país. Y deseo conocer su opinión porque estoy seguro de que ha de servirme de mucho.

Ahora ando metido en una nueva novela, *La Tía*, historia de una joven que rechazando novios se queda soltera para cuidar a unos sobrinos, hijos de una hermana que se le muere. Vive con el cuñado, a quien rechaza para marido, pues no quiere *manchar* con el débito conyugal el recinto en que respiran aire de castidad sus *hijos*. Satisfecho el instinto de maternidad, ¿para qué ha de perder su virginidad? Es virgen madre. Conozco el caso.

Y a la vez he vuelto a sumirme en estudios religiosos, de historia, crítica y exégesis del cristianismo. Ahora estudio la dirección que han dado al neoluteranismo Rothe, Hermann y Ritschl.

Preparo un libro: *Eróstrato*, y mi tomo de poesías. Las más originales, y sólo tres traducciones: ‘La retama’, de Leopardi, una de Coleridge y ‘La vaca ciega’, de usted. Me la sé de memoria, así como trozos de otras de sus

cosas. ¿Cuándo publica algo nuevo? Es usted el único poeta español vivo a quien leo con verdadero gusto y provecho.

Sabe cuan su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO

Escritos
de Joan Maragall

La patria nueva

Para que el catalanismo se convirtiera en franco y redentor españolismo sería menester que la política general española se orientara en el sentido del espíritu moderno que ha informado la vida actual, no sólo de Cataluña, sino también de algunas otras regiones españolas progresivas. Mientras todas ellas continúen gobernadas por el viejo espíritu de la España muerta; mientras decir política española equivalga a decir absorción, fraseología, y administración contra el contribuyente entregada por el favor a tantos altaneros mendigos (por no decir cosa peor) de levita, es imposible que ninguna región civilizada de esta España sea sincera y eficazmente españolista.

Pero cabalmente estas regiones —se objeta— son las que deben transformarla creando una política y una administración nuevas y adecuadas a su espíritu y a sus necesidades, siendo españolistas de una España moderna que ha de ser su obra, y que habrán de amar como fruto de sus entrañas.

Esto se ha dicho mucho, y parece imposible que no se haya hecho ya: tan natural y lógico se presenta a la razón; y como el no haberse hecho y el persistir a causa de ello el desvío de aquellas regiones, parece abominable egoísmo o perjuicio criminal de su parte, hay que decir de una vez las causas de su inacción.

La primera de estas causas es la inferioridad política actual de dichas regiones (que están en pequeña minoría) frente del viejo espíritu central representativo de la gran masa de la España muerta y que, caduco y todo, vacío, momificado, tiene todavía una superioridad, si no suficiente ya para hacer política alguna positiva, bastante aún para neutralizar, para destruir, o, lo que es peor, para corromper toda iniciativa salida de aquellas pequeñas porciones de España que, al trabajar en su desarrollo económico y social, han abandonado, por descuido o por inercia, la función política en manos que han resultado ajenas.

Aquí hay algo vivo gobernado por algo muerto, porque lo muerto pesa más que lo vivo y va arrastrándolo en su caída a la tumba. Y siendo ésta la España actual, ¿quién puede ser españolista de esta España, los vivos o los muertos?

En una España tal, un Romero Robledo, por ejemplo, parece y es en realidad más español que cualquier diputado o ministro vascongado o catalán cuya solidez de criterio o rectitud de intención enmudecen y se acobardan o transigen ante un matonismo parlamentario o de tertulia que habla rotundamente en nombre de España, que da y quita patentes de patriotismo, y que anatematiza

urbi et orbi, como filibustero, todo impulso de vida que intenta penetrar en la gran momia política. El hueco anatema resuena grandiosamente por los ámbitos de la vasta necrópolis nacional, ahogando el grito de vida aislado en la pequeña región de los vivos que no saben gritar. — Zona neutral... — ¡Separatismo! — Concierto económico. — ¡Separatismo! — Organismos autónomos. ¡Separatismo!... — ¿Cómo podemos ser españoles de esta España? Helo aquí el dualismo tremendo.

Tremendo, sí; pero ¿irremediable?, ¿irreductible a una nueva unidad española vivaz y fecunda?

Descartemos la solución providencial, la de un hombre que surge y lo arregla todo: esta solución cabe esperarla siempre, a condición de no contar nunca con ella. Descartemos también una revolución, porque ni hay fuerzas para hacerla ni mucho menos para resistirla una vez hecha: sería el salto en las tinieblas... internacionales.

Descartando el milagro y el salto mortal, queda la voluntad paciente de los hombres que, sin embargo, bien necesita la ayuda de Dios y de muchas cosas imprevistas si ha de realizar en España esa maravilla; reedificarlo todo sin derruir nada, para que no venga abajo la casa entera.

Los españoles nuevos han de improvisarse políticos, alternando con los políticos viejos, y hacerse consentir por ellos sin contaminarse de su espíritu; han de introducirse en los organismos caducos sin ser repelidos por los mismos, trabajarlos fuertemente sin que les queden en las manos hechos polvo, y sanearlos lentamente sin perecer entretanto en su mefítica atmósfera; han de crear una opinión pública moderna empezando por crear intereses y

necesidades modernas en la masa de un país casi africano; han de luchar contra la ignorancia sin soliviantarla, contra la pereza y la inhabilidad sin descorazonarla, contra todos los vicios nacionales sin irritar el amor propio nacional que se funda en ellos y precaviéndose de su contagio. Han de sufrir desencantos sin desanimarse, tremendos retrocesos y volver a empezar con la misma constancia que si hubieran avanzado; improperios, calumnias y amenazas de aquellos mismos a quienes quieren redimir; y mostrarse valientes sin lucha. Y por encima de todo ello han de resignarse a no ver fruto alguno de su obra, y legarla a nuevas generaciones por si pueden llegar a realizarla; estando al mismo tiempo preparados a que cualquier día fuerzas exteriores vengan a destruirla definitivamente en sus propias manos.

Tales han de sentirse los españolistas de la nueva España; y han de buscarse entre sí y encontrarse al través de las regiones (pues la distinción entre las vivas y las muertas no es rigurosamente geográfica), y una vez se hayan encontrado formando legión, han de llenarse de amor por aquello que les repele, y lanzarse a confundirse con ello por si logran crear la nueva unidad al través de tantas y tan duras pruebas.

Comparando con esto, una revolución es un juego de niños; una guerra de sucesión, cómodo atajo; una anexión extranjera, fácil expediente; y la aparición del hombre providencial, probabilísimo milagro; porque es más fácil que salga un hombre que mil, y más frecuente y menos azarosa una revolución, una guerra, una intervención extranjera que toda una edad heroica.

Así, pues, nada tendría de extraño que hubiera en la España viva más autonomistas, más separatistas y más extranjeristas que buenos españoles; porque ser buen español al uso parlamentario es fácil cosa: basta con cruzarse de brazos y dejar que España se hunda al son de los retruécanos; mientras que para ser buen español a secas se necesita ser héroe.

Pues bien, el catalanismo para ser españolismo ha de ser heroico, y su primera heroicidad ha de ser la mayor: vencerse a sí mismo. Vencer el impulso de apartamiento en que nació; vencer sus rencores y sus impaciencias, y vencer un hermoso ensueño.

La juventud catalana idolatra por encima de todo a Cataluña: no ve tierra como esta tierra: su pueblo como pueblo escogido, y la lengua que habla bella como ninguna. Y ve en esta Cataluña una gran misión, para la cual necesita de toda su pureza; necesita concentrarse y vivir exclusivamente su vida propia para ser modelo de pueblos en la vida internacional de una humanidad futura: una humanidad de pequeñas nacionalidades puras que se agrupen por afinidades sin mezclarse, formando una hermosa variedad adaptada a la varia naturaleza de las tierras, con un lazo íntimo de amor que sea la única unidad de todos los pueblos del mundo...

Hay que vencer este ensueño, no destruirlo, porque los ensueños de la juventud siempre son fecundos en realidades.

Solamente hay que decir a nuestra juventud que no quiera con su ensueño impedir o maldecir la obra que el momento reclama urgentemente; que, si sigue

soñándolo con intensidad, su ideal vendrá por todos los caminos, y que siempre, por un divino misterio, el camino de la necesidad es el mejor camino de libertad de todos los ideales.

Esto diremos a nuestros jóvenes. Y a los viejos de la España vieja les diremos:

—Ved ahora cuánto tenemos que ganar o que perder en la heroica empresa. Podéis todavía tiranizarnos, calumniarnos, oprimirnos, escarnecernos... No importa. De uno u otro modo os venceremos, porque llevamos dentro un impulso de victoria y hemos olvidado toda otra cosa.

—Sois cuatro inocentes, cuatro locos, cuatro criminales de lesa patria —nos contestarán incoherentemente—; pero ¡ay de vosotros! Porque nosotros somos los ministros, nosotros los consejeros, nosotros los generales, nosotros los jueces, los directores, los hábiles, los oradores, los cimientos y puntales, en fin, de la vieja patria española.

A lo cual contestaremos riendo:

—Pues nosotros somos los que hacen patrias nuevas.

Himne ibèric

I

Cantàbria! Som tos braus mariners
cantant en mig les tempestats:
la terra és gran, el mar ho és més,
i terra i mar són encrespats.
La nostra vida és lluita,
el nostre cor és fort,
ningú ha pogut tos fills domar:
només la mort, només la mort,
la neu dels cims, el fons del mar.

II

La dolça Lusitània — a vora del mar gran,
les ones veu com vénen — i els astres com se'n van;
somnia mons que brollen — i mons que ja han fugit.
Li van naixent els somnis — de cara a l'infinit.
Perxò està trista — però amb dolor:
Lusitània! Lusitània!
Esperança... amor...

III

De les platges africanes
 ha vingut la gran cremor,
i els jardins d'Andalusia
 han florit amb passió.
Flor vermella en cabell negre
 ulls de foc i cos suau,
ets la terra de les danses
 perfilant-se en el cel blau.
Canta, canta Andalusia,
 el teu gran esllanguiment,
i en el vi de tes collites
 do'm a beure el sol ardent.

IV

Al crit de la tramuntana — ballem la sardana
a vora el mar blau:
davant la neu del Pirineu
sentint llunyans — uns altres cants...
Cap viu! Catalans,
s'anuncia el gran esdevenir.
Vindrà pels cims — vindrà pel mar:
a tot arreu hem d'acudir
a punt per viure i per morir,
per greu sofrir... per triomfar!

V

UNA VEU

Sola, sola en mig dels camps,
terra endins, ampla és Castella.

I està trista, que sols ella
no pot veure els mars llunyans.
Parleu-li del mar, germans!

VI

El mar és gran, i es mou, i brilla i canta,
dessota els vents bramant en fort combat,
és una immensa lluita ressonanta,
és un etern daler de llibertat.

Guaitant al mar els ulls més llum demanen,
bevent sos vents els pits se tornen braus;
anant al mar els homes s'agermanen,
venint del mar mai més seran esclaus.

Terra entre mars, Iberia, mare aimada,
tots els teus fills te fem la gran cançó.
En cada platja fa son cant l'onada
mes terra endins se sent un sol ressò,

que de l'un cap a l'altre a amor convida
i es va tornant un cant de germanor;
Iberia! Iberia! Et ve dels mars la vida.
Iberia! Iberia! Dóna als mars l'amor.

Editorial Comba

1. Tomás Browne
Las semillas de Urano
2. S. Serrano Poncela
La raya oscura
3. Enrique Lynch
Nubarrones
4. Juan Bautista Durán
Convivir con el genio
5. Andrea Jeftanovic
No aceptes caramelos de extraños
6. Rosa Chacel, Ana María Moix
De mar a mar
7. Matías Correa
Geografía de lo inútil
8. Rosa Chacel
La sinrazón
9. Ernesto Escobar Ulloa
Salvo el poder
10. Alfonso Reyes
Memorias de cocina y bodega
11. Esmeralda Berbel
Detrás y delante de los puentes
12. Ignacio Viladevall
Luz de las mariposas
13. Tatiana Goransky
Los impecables

14. Andrea Jeftanovic
Destinos errantes
15. Federico Valenciano
Frontera con la nada
16. Constanza Ternicier
*La trayectoria de los aviones
en el aire*
17. Rodrigo Díaz Cortez
Metales rojos
18. Rosa Chacel
Memorias de Leticia Valle
19. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
Un nido de agujas en el colchón
20. Tomás Browne
Silbar los viajes
21. Tatiana Goransky
Fade out
22. Karla Suárez
El hijo del héroe
23. Daniel Mella
El hermano mayor
24. Daniel Mella
Lava
25. Miki Naranja
Palabras de perdiz
26. Esmeralda Berbel
Irse

27. Jimena Néspolo
Las cuatro patas del amor
28. Juan Villa
Voces de La Vera
29. Silvia Eugenia Castellero
Eloísa
30. Karla Suárez
Habana año cero
31. Jordi Dalmau y Lidia Górriz
El lanzador de libros
32. Osías Stutman
Mis vidas galantes
33. Rosario Izquierdo
El hijo zurdo
34. Daniel Mella
Trilogía del dolor
35. Miguel de Unamuno, Joan Maragall
Epistolario